

tractores de galeras que de Pisa y Génova fueron llamados á Galicia por D. Gelmirez, arzobispo de Santiago, y acaso á algunos otros puertos; y que luego despues experimentando los marineros la singular proteccion de S. Pedro Gonzalez en las tormentas, es verosímil que aplicasen á éste el nombre de S. TELMO que los italianos daban á S. Erasmo su protector; de suerte que en nuestros mares no se conoce otro S. Telmo mas que S. Pedro Gonzalez, de cuya invocacion hablamos en su vida en el mes de abril, dia 14, pág. 226.

#### EL BEATO JUAN DE ORTEGA, CONFESOR.

EL beato Juan de Ortega, llamado así por el sitio donde hizo su prodigiosa vida, nació en el año 1080 en una pequeña aldea del arzobispado de Burgos, dicha Quintana de Ortuño, á la que resultó una gloria inmortal por haber sido patria de un héroe tan ilustre. Fueron sus padres Vela Velazquez, y doña Eufemia, ambos muy distinguidos en el país por su notoria piedad; los cuales vivieron muchos años sin sucesion en su pacífico matrimonio: recurrieron al cielo con fervorosas oraciones y con religiosos votos, valiéndose de la poderosa intercesion de la santísima Virgen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, les concedió el Señor á Juan, sobre quien derramó sus mas dulces bendiciones con mano liberalísima. No se tardó mucho tiempo en manifestar el niño las gracias con que se hallaba favorecido, pues su inclinacion á la virtud, su amor para con Dios, y su caridad para con los pobres, aun en edad poco sensible de la miseria, dieron á conocer desde luego, que su dichosa alma se dirigia por las inspiraciones del Espíritu Santo.

Aplicáronle sus padres á la carrera de las letras, y como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, hizo grandes progresos así en las ciencias como en la virtud. Hizo el mundo cuanto pudo para atraer á su partido á un jóven que descollaba sobre todos sus contemporáneos; pero como á Juan le sobraba entendimiento para conocer las engañosas esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó el estado eclesiástico, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y de ser útil á la Iglesia. Ascendió por los grados prescriptos en los sagrados cánones á la dignidad del sacerdocio, y luego se distinguió en el nuevo ministerio por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría; pero pareciéndole que podia ser tibieza en un sacerdote, lo que era devocion

en un seglar, se entregó á la oracion, al retiro y al estudio.

Murió Alfonso VI, rey de Castilla, y estando casado con su hija Urraca Alfonso, rey de Aragon y de Navarra, llamado el Guerrerador, queriendo éste sujetar á su dominio á Castilla, se suscitaron con este motivo grandes conmociones entre los aragoneses y los castellanos. Parecióle á Juan que en aquella situacion no podia continuar el tenor de vida que se propuso seguir, ni menos conservar su patrimonio entre los tumultos de la guerra; y para conseguir con él el reino del cielo, distribuyó todos sus cuantiosos bienes en los pobres de Jesucristo, reservando para sí solo lo preciso. No contento con una accion tan generosa, determinó visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem, donde se obraron los misterios de nuestra reparacion; y queriendo imitar en la peregrinacion á los verdaderos pobres, espendió en el camino entre los necesitados la corta porcion que reservó para su sustento. Llegó á la capital de Palestina despues de muchos trabajos, y con la vista de aquellos preciosos monumentos de nuestra dicha se renovaron en el corazon de Juan los afectos del mas tierno amor para con el Redentor del mundo, á los que se siguieron inmediatamente el tedio y el disgusto de todos los bienes de la tierra. Mantúvose algun tiempo regando con sus lágrimas los venerables lugares que santificó Jesucristo con su real presencia; y pareciéndole que las cosas de España estarian ya sosegadas, resolvió volver á su patria. Embarcóse con una multitud de peregrinos, y levantándose una tempestad furiosa, se espusieron todos en el mas inminente peligro de naufragar. Imploró Juan en aquel conflicto á la divina misericordia, y valiéndose de la proteccion de S. Nicolás, de quien traia reliquia con otras muchas, prometió construir en honor suyo una iglesia cuando se librase del peligro. Sucedió una calma apacible á la deshecha tempestad, y agradecido el siervo de Dios al beneficio de su protector, solo deseaba ocasion de cumplir el voto que le habia ofrecido.

Cuando llegó Juan á España halló las mismas turbaciones que al tiempo de su partida; y conociendo que en su patria no podía dedicarse con tranquilidad á los santos ejercicios en que deseaba, resolvió retirarse á la soledad de algun desierto. Escogió para este fin un campo alto y despoblado que está á la falda del monte Idubeda, llamada hoy *de Oca* por la antigua ciudad del mismo nombre, que era la capital de aquella tierra. Caia este desierto en el camino de Santiago, llamado *Ortega* ú *Ortiga* por las malezas y espesuras de ortigas y de otras malas yerbas que habia en él, donde se refugiaban muchos salteadores de caminos al abri-

go de las malezas de aquella selva inculta. Dos fueron los motivos que tuvo el siervo de Dios para hacer eleccion de aquel peligroso sitio: el uno por despejar de él á los ladrones que causaban innumerables daños á los pasajeros; y el otro por ser muy proporcionado para ejercitarse en obras de misericordia con los pobres peregrinos que se conducian en romería á Santiago de Galicia, puesto que aquel lugar estaba inmediato al camino.

Entendió Juan que sin licencia del rey no podia poner en ejecucion sus piadosos designios, y habiéndola conseguido, comenzó á labrar la iglesia de S. Nicolás en cumplimiento de su promesa. Temieron los ladrones, que si se concluía el oratorio se les quitaria aquel lugar de asilo, y no contentos con las muchas injurias que causaban al siervo de Dios, destruian por la noche cuanto trabajaba por el dia. Sufrió Juan con inalterable paciencia todos aquellos insultos; pero conociendo que la consumacion de las obras buenas depende de Dios, y no de los hombres, venció con su constante firmeza la terquedad de los salteadores: atraíalos con limosnas, y haciéndolos todo el bien que podia, de suerte que admirados de su heróico sufrimiento, muchos de ellos se convirtieron, y lo dejaron en paz, abandonando aquel sitio.

Libre el ilustre sacerdote de sus enemigos, concluyó por fin la iglesia ofrecida á S. Nicolás, donde colocó las reliquias traídas de Jerusalem, y habiendo erigido cerca de ella un famoso hospital para que se hospedasen los peregrinos, los servia con la mas ardiente caridad. Durante esta obra confirmó Dios la virtud de su siervo con milagros patentes. Eralo ya la vida que el Santo vivia en esta soledad: todos los años ayunaba tres cuarentenas, y en los demás dias solo tomaba una vez alimento; pero tan corta cantidad que parecia vivir milagrosamente: cenía su carne con un cinto de hierro espantoso, que aun se guarda en el relicario de su capilla: dormia poquísimo, y eso sobre el duro suelo; lo mas de la noche empleaba en orar; del dia se le iba gran parte en ejercicios de caridad dentro y fuera de su hospicio: el hábito era humilde sin ostentacion; andaba en un asnillo cuando la jornada era larga: su hospicio era refugio de los pobres, escuela de los que deseaban aprovechar en la virtud: muchos ermitaños y personas devotas de aquellas cercanías lo buscaban y escuchaban como á su padre y maestro. Entre ellos habia dos sobrinos del siervo de Dios, á los cuales mandó que guardasen la regla de S. Agustin. Era esto por los años de 1138, en que deseando asegurar aquel establecimiento, pidió á Inocencio II que lo recibiese bajo su proteccion. En el breve que con este motivo espidió este papa á nuestro Santo, es llamado aquel monasterio *San Ni-*

*colás de Ortega*. A los religiosos de aquella casa llamó nuestro Santo canónigos reglares de S. Agustin, y con tal nombre perseveraron cerca de trescientos años.

Volaba la fama de la eminente santidad del venerable sacerdote por toda aquella region, y atraidas muchas personas del buen olor de su virtud, quisieron ser sus discípulos. Tuvo tanto acierto en el nuevo establecimiento, que todos los hospitales desde Logroño á Burgos adoptaron su proyecto, dejándose gobernar por los consejos, y por las sabias disposiciones de tan santo director: bien es verdad que el Señor manifestaba cada dia la santidad de su fidelísimo siervo con repetidos milagros, entre los que fueron memorables las maravillosas multiplicaciones de alimentos, cuando le faltaban para socorrer á los pobres.

Despues que el rio Ebro con sus avenidas inutilizó el puente que Sto. Domingo de la Calzada hizo junto á Logroño, emprendió nuevamente esta obra el siervo de Dios, y la acabó con gran beneficio de toda aquella tierra. Con igual caridad labró de su mano, ayudado de sus discípulos, en un sitio pantanoso y trabajoso para los peregrinos, la calzada que hay entre Ages y Atapuerca, y la otra que va desde este lugar hasta el monasterio, y un pequeño puente junto á Cubo, lugar que dista seis leguas de Ortega. Tambien hizo el puente del rio Najerilla, junto a la ciudad de Najera, y otro muy largo de madera sobre pilares de piedra para el rio Oja que baja por la ciudad de Santo Domingo, evitando por este medio los daños que en este paso espermentaban los que iban á Santiago en romería. Al tiempo de esta obra señalan Ocaña y Sigüenza el milagro que obró nuestro Santo resucitando á un muerto á quien habia pasado una carreta por encima. Todo su afan era remediar á los necesitados del modo que podia.

Llegó por fin el célebre operario á una edad muy avanzada, y queriendo Dios acrisolar la virtud de su siervo por una dilatada y penosa enfermedad, dió en ella ejemplo de su inalterable sufrimiento, y de su resignacion con la voluntad divina. Conoció Juan por la debilidad de sus fuerzas, que se acercaba la hora de la muerte, y aunque toda su vida fué una continua preparacion para ella, con todo hizo en aquellos postreros instantes esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos, y habiendo hecho oracion por todos los vivos, por todos los difuntos, y por la paz de la Iglesia, entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 2 de junio del año 1603. Dieron sepultura al venerable cuerpo del siervo de Dios en la iglesia de S. Nicolás, fundada por él mismo; y no tardó Dios en

hacer célebre su sepulcro con repetidos milagros, especialmente en favor de las estériles que recurren á implorar su patrocinio, habiéndose dignado el Señor concederle esta gracia especial, en memoria de haber sido el Santo de padres de esta clase. Cada año se celebra su fiesta con grandísimo concurso de gentes.

Dió en el año 1434 D. Pablo de Santa Maria, arzobispo de Burgos, el santuario de Ortega á los religiosos del órden de san Jerónimo con aprobacion del papa Eugenio IV y con acuerdo y voluntad de tres canónigos reglares, que solos quedaban en él: determinaron estos en el de 1474 trasladar el cuerpo del Beato del depósito antiguo al monasterio; y habiendo concurrido á la traslacion innumerables personas de los pueblos comarcanos, se dejaron ver de repente ciertas avecillas de estraordinaria blancura, que con un suave y alegre susurro cantaban entre las gentes, sintiendo estas al mismo tiempo un olor suavísimo; pero al querer trasferir las venerables reliquias se ofrecieron inmóviles á cuantas diligencias se practicaron. Conocieron todos por este síntoma, que era voluntad de Dios que se mantuviesen en la iglesia de S. Nicolás, en la que pasados algunos años se trasladaron del primer sepulcro á mas decente lugar; y hecha la inspeccion de las mismas reliquias con este motivo, se halló consumida la carne, íntegros los huesos, y fresco el corazon del Beato, que habia sido el centro del mas puro amor para con Dios, y de la mas ardiente caridad para con los prójimos.

*La misa es del Comun de muchos mártires, y la oracion la que sigue:*

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tus bienaventurados mártires Marcelino, Pedro y Erasmo; tiempo que nos alegran sus merecimientos, nos enciendan sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epístola es del cap. 8 del apóstol S. Pablo á los Romanos.*

Hermanos: Los trabajos de esta vida no merecen dignamente la futura gloria que se descubrirá en nosotros. Porque este mundo criado está en acecha, esperando la manifestacion de los hijos de Dios. El mundo criado, pues, ha sido sujeto á la vanidad, no por su voluntad, sino por la de aquel que le sujetó con esperanza; porque tambien el mundo criado será libre de la servidumbre de la corrupcion con la libertad de la

gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen, y están hasta ahora en los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, tambien nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopcion de hijos de Dios, y la redencion de nuestro cuerpo.

### REFLEXIONES.

*Las tribulaciones de esta vida no tienen proporcion con la gloria futura.* Padécese en este mundo, es verdad; en todas partes nacen las cruces; son frutos de todos tiempos, producen todos los climas; no hay edad, no hay estado, no hay condicion que esté exenta de ellas. Hasta la misma virtud cristiana, único principio del verdadero mérito, que parece debieran perdonar las cruces, no solo las fomenta sino que muchas veces ella misma las produce; como que no puede vivir sin ellas. Pocos santos hay en el cielo que no mezclasen la bebida con sus lágrimas, y menos que ellos mismos no cultivasen las cruces, para que creciesen mejor. Pocos siervos de Dios que se hubiesen contentado con las cruces y con las espinas que nacen, por decirlo así, en su mismo terreno. ¡Qué estudio, qué cuidado, qué industrias tan ingeniosas para macerar su carne, para mortificar sus sentidos, para humillar su espíritu, para crucificar su cuerpo, para aniquilar su amor propio! Las mas duras, las mas ásperas mortificaciones no bastaban á saciar el hambre que tenían de padecer. Adversidades, persecuciones, desprecios, humillaciones, desgracias, este era el patrimonio de los santos; con estas sombras se ha de pintar su retrato. Añade á todo esto lo que padecieron los mártires: horcas, cadalsos, hornos encendidos, uñas aceradas, *non sunt condignæ*: nada de esto tiene proporcion con el premio. Pero no pienses que no solo no tiene proporcion con él aquella gloria futura, aquella felicidad de los bienaventurados, aquel gozo del Señor, en que están como embebidos despues de esta miserable vida, y es fuera de todo precio, sin medida, sin límites, sin término. Tampoco tienen proporcion con aquél consuelo interior, con aquella dulzura, con aquella oculta suavidad, con aquella espiritual alegría que acompaña á las tribulaciones, que hace el yugo del Señor tan suave, y su carga tan ligera. Vale mucho menos todo cuanto se puede padecer por merecerlo. ¡Mi Dios! ¿qué consuelo de mayor satisfaccion? ¿qué gusto mas dulce ni mas esquisito que el que causa en la hora de la muerte la memoria de una vida oscura,

humilde y mortificada? *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*: rebose de alegría en medio de todas mis tribulaciones, decia el apóstol S. Pablo. Este es el lenguaje de los santos; no gustan otro idioma las almas justas. ¡Cuando discurrirán, cuando hablarán así esos dichosos del mundo, esos hombres de deleite, esos idólatras de las diversiones! Pero de donde nacerá, que en medio de todas esas fiestas; en medio de todos esos caminos anchurosos, sembrados todos de rosas y de flores; en el mismo tiempo que todo se les rie; en esa serie de prosperidades y perpetuo enlace de gustos y de entretenimientos, esperimenten tan turbada, tan mezclada de amarguras su alegría? ¿que sea toda artificial? ¿que sus dias sean tan poco serenos y tan poco tranquilos? No logran gusto que no sea insustancial, inquieto, atropellado, mezclado con hiel y con acibar. No pueden separar de sus fiestas los disgustos y las desazones; las inquietudes, la turbacion y los remordimientos los acompañan á todas partes; y este es todo su premio, este todo el fruto de sus trabajos. ¡Que fruto tan amargo pero no tienen otro. En medio de eso padecen; tambien se les atreven los contratiempos; tienen que aguantar gravísimas pesadumbres. Padecen; y es bien seguro que se padece mas en el servicio del mundo, que en el servicio de Dios. Por lo menos es muy cierto que en el servicio del mundo se padece sin alivio, sin consuelo, sin fruto y sin recompensa; pero cuanto se padece en el servicio de Dios, no tiene proporcion con la gloria futura.

*El Evangelio es del cap. 21 de S. Lucas.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando oyereis las guerras y sediciones, no os asustéis; porque es menester que haya antes estas cosas; pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nación contra otra nación, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes, y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán,

entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á

algunos de vosotros. Y seréis cerá ni un cabello de vuestra aborrecidos de todos por causa cabeza. En vuestra paciencia de mi nombre: mas no pere- poseeréis vuestras almas.

## MEDITACION.

### *De la paciencia.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que no hay virtud mas necesaria ni mas útil que la paciencia cristiana. Ella es, hablando en rigor, el remedio universal, y casi el único que nos hace encontrar algun alivio en nuestros trabajos. La paciencia os es necesaria (dice S. Pablo) para que haciendo la voluntad de Dios esperimentéis el efecto de sus promesas; sin esta virtud todas las demás no hacen mas que apuntar, porque sin paciencia no hay perseverancia. El combate es dilatado, porque toda la vida es una continua guerra; la victoria supone la paciencia, y la corona siempre se debe á esta importante virtud.

Cultivamos, por decirlo así, una tierra ingrata; la broza, los matorrales y las espinas nacen debajo de los pies; arráncanse, y vuelven á retoñar; en todas las condiciones pican; ni el trono está exento de ellas; sin el socorro de la paciencia sus puntas no solo punzan, sino despedazan; solo la paciencia las embota: *Con nuestra paciencia poseeremos nuestras almas*: es decir, que con ella domarémolas nuestras pasiones. La paz y la tranquilidad del alma son su primer fruto. Ninguna cosa calma tanto la inquietud y la agitacion del espíritu como la paciencia; tranquiliza los ímpetus de una edad, ó de un genio escesivamente fogoso; sosiega todas las inquietudes, y es el único secreto que hay para vivir siempre contentos.

— ¡Mi Dios, cuántas desazones, y aun cuántos pecados evitaríamos si tuviésemos un poco mas de paciencia! El copioso manantial de todas nuestras inquietudes es nuestra impaciencia, ó á lo menos de toda la amargura que esperimentamos en nuestros contratiempos y en nuestros enemigos. Cuando no consuma toda la hiel que esprimen contra nosotros; cuando no estinga todo su odio, por lo menos hace inútiles todos sus esfuerzos. La paciencia es la virtud de las almas grandes, es la de todos los santos: ¿qué razon habrá para que no sea tambien la nuestra?

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que no hay cosa mas inútil, menos racional, ni mas nociva que impacientarse. Los disgustos, las pesadumbres y los contratiempos son los que producen y los que

fomentan las impacencias, esto es, nuestra indignacion y nuestra cólera con todo aquello que nos enfada. Pero y bien: si lo que nos enfada no está en nuestra mano; si los contratiempos no dependen de nosotros; si no se pudieron prevenir ni evitar esas desgracias; si el verdadero origen de nuestras inquietudes y de nuestros enfados somos nosotros mismos, ¿qué cosa mas inútil ni mas extravagante que impacientarse? Porque al fin, ¿qué cosas son las que suelen impacientarnos? Una enfermedad molesta y dilatada; un temporal enfadoso; un criado rústico, tonto y desmañado; tal vez nuestra poca habilidad y nuestra poca maña irritan el mal humor, y causan nuestras impacencias; pero en todo esto, ¿qué razon tendremos para inquietarnos? Corrijamos lo que pende de nosotros; remedemos lo que está en nuestra mano; pero lo que sale de la esfera de nuestro poder, ¿por qué nos ha de poner de mal humor? ¿Qué juicio haríamos de un hombre que se encolerizase, y echase pestes por la boca porque el sol se ponía muy presto, ó salía muy tarde? Pues valga la verdad; ¿son menos extravagantes las causas que por lo comun motivan nuestras impacencias? Ellas siempre son indicios de un corazon poco sereno, de un genio avinagrado, y de unas pasiones vivas, dominantes y nada mortificadas. Tristes frutos de un terreno tan vicioso como inculdo.

¡Cuántas veces precipita la impacencia en palabras, cuya indiscrecion se llora por mucho tiempo! ¡Cuántos impetus, cuántos rebatos han perdido á muchos hombres de bien, y arruinado muchas familias! En ninguna cosa se muestra mas la virtud que en la pacencia; ninguna desacredita tanto la devocion; ninguna parece mas contraria á un corazon verdaderamente cristiano; ninguna echa mas á perder los frutos del buen ejemplo, que un natural inquieto y poco sufrido. Es menester ser uno dueño de sus pasiones; es menester haberlas domado por largo tiempo; es menester haberse hecho mucha violencia para poseer su alma por la pacencia. ¿Sabes por qué eres impaciente? porque no eres mortificado.

Dios mio, ya que me habeis dado á conocer la necesidad que tengo de esta importante virtud, concedédmela por vuestra bondad y misericordia. Señor, pues vos me disteis tantos y tan admirables ejemplos de pacencia, otorgadme tambien la misma amable virtud

JACULATORIAS. — Alma mia, ¿por qué no has de estar siempre sujeta á la voluntad del Señor, puesto que él solo es, y de él solo esperas tu salud? (*Psal. 61.*)

Animo, alma mia; sufre con fortaleza tus trabajos, y confia en el Señor. (*Psal. 26.*)

### PROPOSITOS.

1 Por lo comun no hay cosa mas irracional que el motivo de nuestras impacencias. Enfadámonos contra el rigor del tiempo, contra la intemperie del aire, contra la situacion del lugar, contra las incomodidades del viento y de la lluvia. Chócanos la extravagancia de los genios, la figura de los otros, sus modales, el sonido de su voz, todo nos dá en rostro. Una leve indisposicion, cualquiera destemplanza nos pone melancólicos, téticos, fastidiosos, insufribles. Fatiganos un genio intrépido y un genio pelmazo. Una respuesta menos discreta, una palabra inconsiderada, un accidente imprevisto nos pone de mal humor. Unas veces nos desazona la taciturnidad, y otras la locuacidad de las personas. Hasta nuestros mismos defectos nos hacen impacientes; tal vez nos llena de cólera nuestra insuficiencia y nuestra mentecatez, siendo lo peor que lo pagan los otros. ¿Cuántas veces se impacienta uno contra el instrumento que toca, ó contra la pluma con que escribe? ¿Pero quién tendrá la culpa? ¿Son estos motivos racionales para turbar la paz de un hombre, y tal vez la de toda una familia? Y cuando alguna vez tuviésemos razon, ¿sería justo que los que no se sientan á jugar pagasen por los que pierden? Ya que nosotros no tengamos virtud para llevar en pacencia los sinsabores de la vida, ¿han de cargar con nuestros enfados aquellos que nos tratan? ¿puede haber mayor injusticia? Imponte una ley de no mostrarte jamás enfadado, ó á lo menos de no hacer que carguen otros con la amargura de tu corazon. Ciertamente no son los otros los que encienden tu cólera; tú mismo eres el que aplicas el fuego. Si conoces que se van levantando los primeros impetus, ó escitando las primeras chispas de la ira, irritada por algun objeto, no partas de carrera; no respondas de repente. Dilata la correccion para otro tiempo; muda la conversacion, y si puede ser, muda tambien de objeto. Afecta una dulzura mas agradable. Con un poco de resolucion y vigilancia evitarás muchos deslices.

2 No hay cosa mas opuesta á la virtud y á la verdadera devocion que la impacencia; vicio que desde luego acredita la inmortificacion del que le tiene. Un devoto impaciente hace mucho agravio á la virtud; ser impaciente, y hacer profesion de una vida ejemplar, parece especie de quimera. Mira con horror este grosero defecto. ¿Qué mal, qué trabajo curan ó alivian las im-

pacencias? Por el contrario, solo sirven para hacerlos mas pesados, y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolucion de no mostrarte nunca mas apacible ni mas manso que cuando sientes el corazon mas lleno de amargura. Ni concibas que esto es sumamente dificultoso, aunque se lo parezca así á las almas cobardes y dominadas de sus pasiones. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿Qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra, los que asisten en la corte? ¿cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano ó al ministro? ¿Y no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y por agradecerle? Sea esta virtud la que en adelante te distinga y te caracterice.

## DIA III.

## MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES PERGENTINO Y LAURENTINO, HERMANOS, en Arezzo de Toscana; los cuales en la persecucion de Decio, siendo presidente Tiburcio, sin consideracion á su tierna edad, padecieron grandes tormentos, y obrando Dios en ellos muchos milagros, fueron al fin degollados (en la misma ciudad de Arezzo por los años de 250.)

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCILIANO, Y CUATRO NIÑOS LLAMADOS CLAUDIO, IPACIO, PABLO Y DIONISIO, en Constantinopla; los cuales con Luciliano, que habia sido sacerdote de los idolos, despues de haber sufrido crueles tormentos fueron echados en un horno encendido; pero sobreviniendo una lluvia se apagaron las llamas, y salieron todos sin recibir lesion; finalmente consumaron el martirio por decreto del prefecto Silvano: Luciliano crucificado, y los niños degollados.

SANTA PAULA, virgen y mártir, tambien en Constantinopla; la cual por haberla hallado recogiendo la sangre de dichos mártires, fué presa, azotada, y echada en una hoguera; y habiendo salido ilesa la degollaron en el mismo lugar en donde habia sido crucificado Luciliano.

SAN ISAAC, monge, en Córdoba en España, el cual fué degollado por confesar la fe católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CECILIO, presbítero, en Cartago; el que convirtió á S. Cipriano á la fe católica.

SAN LIFARDO, presbítero y confesor, en territorio de Orleans. (Vivia tan austeramente que su alimento consistia en una onza diaria de pan y un puñado de yerbas. Fué esclarecido con la gracia de hacer milagros, y murió por los años de 550.)

SAN DAVINO, confesor, en Luca en Toscana. (Era oriundo de Armenia, de ilustrisimo linaje y muy rico. Habiendo distribuido todo su

caudal á los pobres, se fué á visitar los santos lugares de Jerusalem, pasando luego á Roma, y de esta ciudad vino á Galicia á visitar el sepulcro de Santiago. Hallándose despues en Luca, le acometió la última enfermedad y murió por los años de 1051.)

SANTA CLOTILDE, reina, en Paris, por cuyas súplicas el rey Clodoveo su marido abrazó la fe católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA OLIVA, virgen, en Anagni. (Desde muy niña se dió á la virtud, consagrando su integridad á Jesucristo. Mereció cierto dia ver el cielo abierto y el asiento que le tenia destinado su divino Esposo. Desde entonces su vida no fué ya sino un acto continuo de purisimo amor, de suerte que en lo mas fuerte de un éstasis entregó su alma al Criador.)

## SAN POTINO, SANTA BLANDINA, Y LOS OTROS CUARENTA Y SEIS MÁRTIRES DE LEON.

HABIENDO conseguido el emperador Marco Aurelio una señalada victoria contra los bárbaros el año 174, por la oracion de los soldados cristianos que servian en la legion Fulminante, como lo reconocian y lo publicaban los mismos gentiles, se mitigó algun tanto la persecucion escitada y continuada por muchos años contra la Iglesia; pero duró poco esta calma. Renovóse luego con mayor furor que antes en muchas ciudades y provincias; en cuyo borrascoso tiempo los fieles de la ciudad de Leon señalaron particularmente su fe, derramando la sangre por Jesucristo, y siendo los primeros mártires de las Gaulas. La historia que vamos á referir se sacó de la misma carta que los fieles de las iglesias de Leon y de Viena, testigos de los combates y de las victorias de estos santos mártires, escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia.

Creciendo cada dia en la ciudad de Leon el número de los cristianos, determinaron los gentiles acabar con todos ellos. Llegó á tanto su furor, que no podian dejarse ver con seguridad, ni en los baños, ni en los mercados, ni en las plazas públicas. Todos generalmente estaban irritados contra ellos. Magistrados, oficiales, ciudadanos, artifices, soldados, y hasta las mismas mujeres en todas partes los insultaban, y en todas los cargaban de injurias y de imprecaciones. Hacíase pública ostentacion, y se alegaba por mérito el haber maltratado á un cristiano. Subió tan de punto la insolencia y el furor, que amotinado el populacho acometió en tumulto las casas de los fieles, apedreólas, saqueólas, y los cristianos que estaban dentro de ellas padecieron todos los ultrajes y todas las violencias que es capaz de ejecutar una plebe descompuesta, infatuada y enfurecida. El comandante de las tropas quiso sosegar el tumulto, y